

204

soledumbres de
eros

Héctor torriente

SOLEDUMBRES DE EROS

Te vivo casi desnuda,
como palmera,
de espaldas en el espejo,
mientras navego en tus labios
para atracar en tus pechos hervidos,
como los girasoles de Van Gogh.
Tu mano, sin prisa y sin pausa
me transporta
por los senderos floridos del edén
mientras mis dedos
palpan suavemente
el rocío tibio de tu rosa...
Y pienso en una hora así
que me envidiarían en serio.
de la mar el marinero
y todos los habitantes del jardín...

Alguna vez a alguien se lo propuso
pero jamás pensó
que sería él
quien a la larga fungiría
de amante de repuesto.
de quien nunca pudo dividir
su corazón,
pero tampoco podía prescindir
de su presencia
ni de su voz.
Y le recordaba a ratos
algo que dijo un filósofo galo
(sólo para que consolara su conciencia)
aquello de que todo ser
necesita dos amores,
uno fundamental

y otro complementario.
Y es esa la labor del supletorio:
vas feliz un día por el camino
y tienes de repente un percance
que te causa malestar y coraje
pero no por mucho tiempo
pues te acuerdas de momento
que tienes en tu valija
la solución prodigiosa,
para continuar el viaje,
que te vuelve la cara de felicidad
como la de una rosa...

Antes de perder el combate con Morfeo
y me embosquen los fantasmas
te buscan mis manos
para construir fantasías
y hacerte reír el corazón.
Antes de que me arroje
completamente el tiempo
y me olvide de tu nombre y tu rostro
me gustaría grabarlos
en el chip de mis muñecas
para que sean conducidas
por el puro placer hedonista
que aclara y convoca la memoria,
que te retrata entera
y desnuda te evoca
sentada sobre mis caderas
también sin ropas
sólo con el objetivo
de estar dentro de ti
por todo el tiempo prometido
que no sé si seré capaz de cumplir
o tú de complacer alguna vez,
aunque sea antes
del inexorable zarpazo de la muerte...

RECUERDOS DE NERUDA

Me gustas
cuando estás ahí presente
con tu tiempo tan temprano
y mi tan pasado tiempo,
con tu risa adolescente
y tus suspicacias
y tus diablos que te empujan,
y te tientan al deseo insospechado.
Me gustas cuando estás ahí
mostrando lo que quisiera ver
y vivir,
y ocultándolo a la vez,
perorando sobre música y cantares,
reprimiendo deseos inalcanzables
debido al vigilante de tu amor,
ausente.
Me gustas cuando hablas
porque sé que estás presente...

Hay noches
en que me embosca
la tristeza
larga como el silencio
de las iglesias,
y me obliga a envinarme
poco a poco la garganta
hasta tocar a las puertas
del recuerdo y la nostalgia.
Y también, a la larga,
ir a la cama
y revolcarme en estupor
hasta topar el sueño y su modorra.
Pero hay otras,
que antes de lo dicho

o un poquito después,
oigo el timbre de la vida,
y es cuando mi cabeza y mis manos
vuelven a existir,
certifican que aún respiro,
que tu palabra y tu risa,
tu pasión y la mía
reclaman poco a poco y muy de prisa
a la biología...
Es cuando llamas.

Me cuentas
que te quedas a dormir
con tu amor en su posada
pero que no quiere penetrar
en tus entrañas
por tu virgen dolencia
y por su temeridad.
Aún así,
tu bondad
y tu inmenso cariño
le ofrecen tu boca
y tu cuerpo,
tus besos
y el calor de tu abrazo.
Aún así,
sin satisfacer tu libido,
te sacrificas
y le haces ser feliz
tanto,
que termina durmiéndose
en tu regazo desnudo,
y sus labios
en tu albergue húmedo
pero aún ardiente...
Y tu quizás pensando
en que debí ser yo
quien compartiera esa cama
pues sabes muy bien
que puedo resolver
sin mucha dificultad
el problema de tu dolencia...

Se muy bien que las ambigüedades propias
de los impulsos de tu cuerpo
y de ti misma,
provocadas por otras rosas
que se te parecen
y que te impulsan a nuevos caminos
lejos de los trillados
con los hombres y sus fluidos,
te han apartado
de las irrupciones en mi soledad.
Pero te lo agradezco.
Ya me estaba acostumbrando
a tu risa
y a tu escasa compañía.
Precisamente,
terminé por enamorarme de las escaceces
no por algún minimalismo maniático,
sino por sus obligadas presencias
en la antipática pobreza de mi existencia.
Ya me estaba acostumbrando
a tus promesas de posibilidades,
-aunque a veces me decías que no cualificaba-
y siempre me las creí como niño de orfanato,
incluso sin importarme tener mi futuro contado.
Te deseo del mundo toda la suerte
y que no tengas que regresar
con tu felicidad en bandolera
Para luego ventearla en el público mercado,
y que otro bobo como yo
se ilusione contigo para siempre.

Hay estrellas que nos olvidan
después que le servimos de lucero,
cortejante amanecido
por el camino
de la vía láctea...,
después que centellean
hervidas de deseo
en nuestra cara
o en nuestro oído,
en esas noches aburridas

en que alguien siempre,
encima de los tejados,
fantasea y se acaricia
mirando al firmamento
y cerrando los ojos
en el preciso momento.
Hay estrellas que pasan fugaces
por nuestro cielo,
nos miran furtivas,
se tocan desapercibidas
o perceptivas,
y desaparecen luego como cometa...
Y como tal
nos queda la esperanza
de que nos vuelvan a procurar
en los próximos cien años...
o mil...,
o quién sabe cuándo.

Nunca la quise como hubiera querido
sino como ella quiso que la quisiera.
Me atuve siempre a sus deseos
aunque no fueran los míos...
Por ejemplo,
trataba de compartir mi sexo
con el suyo
toda vez que ella lo deseaba
y nunca, que yo recuerde,
le dejé saber que no lo quisiera.
Hice siempre
lo que ella quería que hiciera,
incluso en el lecho,
aunque fuera después de casi una reyerta
por mis quejas
contra sus reclamos
y posesividades...
Me acostumbé a sus costumbres
y a sus designios y hábitos
a pesar de todo,
tanto que cuando quise marcharme
tuve que pedirle permiso
para dejar de quererle.

A mi edad, después de los cincuenta,
presumo de buena salud.

Me ejercito casi a diario físicamente
por treinta o cuarenta minutos.

Igual hago al pensamiento;
de madrugada, me desvelo
y aprovecho

para la reflexión
y para escribir mejor
lo que pienso.

(No crean los loqueros
que seré su cliente,
hace tiempo eché al zafacón
las depresiones
y me burlo a ratos
de los recuerdos).

Comparto el sexo cuando quiero
y puedo.

Bueno, en realidad siempre puedo:
según mi urólogo,
mi próstata es la de un adolescente.

Pero no siempre se puede
cuando se quiere,
sobre todo,
cuando con quien uno quiere
no quieren con uno...

Si quisieras,
mañana me tuvieras
y encontraras
que ya no soy el mismo de ayer,
es decir, de hoy.

Estaré más viejo,
albergaré menos rencores
y estaré más cerca que nunca del amor.
He descubierto que sólo los viejos pueden amar.

Una puta me lo dijo:
“Mis mejores clientes son los viejos
porque sólo miran y acarician”.

Yo era joven entonces
y nunca lo comprendí.

Hasta hoy

que me asomo a ese horizonte.
Me satisfaría con eso;
mirarte y acariciarte
hasta derramarme
sin introducirme
para no transgredir ese mito
en el que crees
de la virginidad prometida
a ti misma y a tu destino,
del que sólo tú sabes el camino.
Si quisieras,
harías conmigo lo que quieras
porque ya me cansé de luchar
para mí mismo,
y los fantasmas del pasado
no sólo me han vencido,
sino que- lo que es peor- me han olvidado...

Le dije sin querer
que no me llamara más,
que no me volviera a ver,
que yo procuraría lo mismo.
Me contestó “si eso quieres...”.
Pasaron los años,
y al cabo de cinco
me entró la pasión de necesitarla.
La busqué en todas las direcciones posibles,
según sus amigas,
pero nada.
Le envié postales
y correos electrónicos
diciéndole que me arrepentía
de mis exabruptos...,
pero nada.
Al final, desistí del inútil afán
después de felicitarla
y decirle que era una mujer de palabra.
Escribo esto,
luego de una reclusión intensiva
y un tratamiento ambulatorio actual
de un sanador de nostalgias
para los rompedores de promesas.